

LOS FRACASOS DE LA GUERRA FRIA

EDUARDO HARO TECLEN

UNA de las razones por las que la crisis mundial no prende la hoguera que se intenta es porque hoy ni la Unión Soviética ni los Estados Unidos gozan de credibilidad como modelos sociales o como esperanzas de futuro. Son poderes éticamente caducos: sin entrar ahora en la validez de la filosofía y de la doctrina que informaron su creación. Ni la una representa el paraíso del proletariado internacional que estaba en su letra, ni la otra el compendio de libertades y de derechos humanos que figuraban en las declaraciones fundacionales. Ante el ciudadano que trataría de aspirar a otra vida posible, el actual enfrentamiento no tiene más características que las de un problema entre dos potencias gigantes, un encuentro entre dos imperialismos. No eran esas las premisas de los últimos enfrentamientos. La guerra fría pasada tenía todavía un carácter de modos de vida enfrentados, de comunismo por un lado y de liberalismo capitalista por otro, que podían enervorizar: la segunda guerra mundial estaba informada por una lucha entre el nazi-fascismo y el sistema democrático (aun incluyendo a la URSS); la primera guerra mundial era todavía, y como última herencia de siglos anteriores, una cuestión de nacionalismos.

Por todo ello, Cyrus Vance ha vuelto de Europa con las manos vacías, la política de sanciones de Carter no consigue —por ahora— todos sus propósitos; la URSS se encuentra con defenciones dentro de su propio campo —los cambios en el círculo de poder de Polonia, las reticencias rumanas—, de fuera de él —la condena de la Conferencia Islámica, la de los países no alineados, por la invasión del Afganistán—, y la "guerra fría" sólo está prendiendo en países donde, por determinadas debilidades coyunturales o congénitas —Portugal, España—, ciertos grupos de presión de la derecha intentan reproducir situaciones de "caza de brujas" depuratorias de la izquierda —comunista, criptoco-

munistas, compañeros de viaje, izquierda general— propias de la guerra fría anterior. O, naturalmente, en China, que vive dentro de esa guerra fría desde hace años por su enemistad particular con la URSS, que la lleva a proclamar ahora, una vez más, que estamos en puertas de una guerra mundial provocada por la URSS y a denunciar la ingenuidad de los aliados europeos de los Estados Unidos. Según China ("Diario del Pueblo"), la guerra fría sería un invento de la URSS

para "infiltrarse" y para aprovecharse de la debilidad creada por la negociación, y la guerra fría, la respuesta de Estados Unidos para cortar esa firma de expansión. Doctrinas no faltan.

La realidad es que la campaña de Carter para erizar al mundo occidental no cuaja. Probablemente ha elegido terrenos de enfrentamiento que son desfavorables. El boicot a los Juegos Olímpicos provoca un repudio moral en todas partes, por la confusión entre deporte y política; las san-

Una prueba de la impopularidad de la guerra fría la han dado las elecciones generales de Canadá. La enorme inversión de votos entre conservadores y liberales se relaciona estrechamente con la apoyatura persistente del conservador Clark a la política de los Estados Unidos: su colaboración a la huida de rehenes de Estados Unidos de Irán —un acto encomiable, pero que expone a Canadá a la rotura de relaciones con el productor y exportador de petróleo—, a su condena de la in-



Tropas rebeldes en la zona central de Afganistán.

para producir una división en Occidente, entre Europa, que no la desea, y los Estados Unidos, que no tienen inconveniente en penetrar en ella. Esta doctrina es una contradicción considerable con la general de Occidente y de los Estados Unidos principalmente, incluso de la que desarrollaba China hasta ahora: sería la "détente" —defendida todavía por Brejnev en su último y rudo discurso de la campaña electoral— la que convendría a la URSS pa-

ciones económicas, en un momento de crisis, hacen pensar a los países europeos que los sancionados van a ser ellos mismos al privarse del intercambio con el mercado soviético. Hay grandes grupos de intereses —incluso en los Estados Unidos— que consideran que las sanciones les son lesivas: no se paran, porque no les interesa la comparación, a pensar si son más dañinas para ellos que para la URSS. Con que lo sea para ellos, basta.

vasión de Afganistán en términos de guerra fría, a su apoyo al boicot de los Juegos Olímpicos. Todo ello le ha costado el poder —naturalmente, hay temas nacionales trascendentes en esta elección, pero el conservadurismo aplicado a ellos es similar y global— y ha dejado a Estados Unidos sin un aliado importante en las conferencias europeas en las que Canadá estaba introduciendo.

Lo más significativo de todo



Manifestación de ucranianos en Lake Placid, escenario de los Juegos Olímpicos de Invierno, para protestar por la celebración de la Olimpiada de Moscú.

es, indudablemente, el viaje de Cyrus Vance por las principales capitales europeas. Como se sabe, procede de otro fracaso: el de la conferencia convocada en Bonn, donde debían participar con Francia, Italia, Gran Bretaña y Alemania Federal, el mismo Canadá y el Japón. Cyrus Vance se ha vuelto a encontrar con la misma oposición francesa a escoltar la "guerra fría" que ya impidió la "Santa Alianza" de Bonn; se esperaba. Pero ha encontrado, y eso parecía esperarlo menos, aunque era de presumir, con la reticencia profunda de Alemania Federal y con el miedo de Gran Bretaña. Miedo pintoresco, porque entre los grades precursores de la guerra fría estaba Margaret Thatcher a lo largo de toda su campaña electoral, que en política internacional casi se limitó a ser antisoviética. Pero una cosa es una campaña en un momento histórico determinado y otra es cuando la guerra fría está encima y hay que tomar decisiones importantes. A Margaret Thatcher le agarra el tema en un momento de pérdida de velocidad, cuando su propio partido está temiendo que le arrastre a una derrota y cuando el laborista está tomando un sesgo claro de defensa de las libertades. Por ejemplo, en el caso de los Juegos Olímpicos determina que no es cuestión de Gobiernos, sino de los organismos deportivos com-

petentes, y que la decisión de no transmitirlos por televisión, si llegan a celebrarse en Moscú, es un atentado a la libertad de expresión. Temas todos ellos a los que los ingleses son muy sensibles, a pesar de su peculiar posición histórica con respecto a Afganistán (las guerras de Afganistán fueron enfrentamientos del Imperio británico con el zarista ruso).

El discurso de Brejnev el viernes pasado —sin más referencia para el análisis que las publicadas en la prensa occidental— aprovecha también esta corriente popular. Por una parte, recalca que la "historia antisoviética" procede, sobre todo, de la posición electoral de Carter, con lo cual coincide con una de las más graves sospechas que el propio mundo occidental alberga. Por otra, insiste en la afiliación de la URSS a la "détente" y a la negación de cualquier intento expansionista o imperialista de la URSS —lo cual ya es más difícil de admitir—. Pero, sobre todo, recalca el poderío militar de la URSS: "Nosotros y nuestros aliados tenemos posibilidades inmensas"; la URSS "mantiene el debido nivel en su poderío defensivo" y "tiene todo lo necesario para replicar a cualquier provocación militar". Esto nadie lo duda. Incluso los medios de expresión y opinión dependientes del mando militar occidental suelen

darle todo su gran énfasis, muchas veces desmedido, al poderío soviético. Son campañas periódicas en vísperas de las votaciones de presupuestos militares, que tienden a dar sentido al sacrificio económico que hay que hacer para enfrentarse a la posibilidad de la amenaza. En todo ello se percibe claramente que hay un peligro de guerra, que la guerra fría es un paso nada más y que las bombas nucleares pueden llegar a caer en cualquier momento. Pero el "equilibrio del terror" sigue existiendo: es decir, las poblaciones del mundo no han perdido la convicción —y hacen bien en no perderla— de que una guerra nuclear mundial no tendría vencedores ni vencidos: sería lo que se llama, ya técnicamente, un holocausto de todos. Aun el temor menor, el de que las dos grandes potencias terminaran por respetar, tácita o explícitamente, sus propios territorios y combatir en otro ajeno —que muy bien podría ser el de Europa; en un caso determinado, el de China— es suficiente como para que cada uno haga todo lo posible por evitar esa conflagración.

El riesgo es demasiado caro, el estímulo es escaso. Si nadie mira a esas sociedades como el modelo que desearía para uno mismo, si se considera que su ríña es nacionalista, que su moral es igualmente reprochable —¿puede la

condena por la invasión de Afganistán, y el recuerdo de Checoslovaquia y Budapest, anular la condena a la larga intervención en Vietnam, los "marines" desembarcados en Santo Domingo o el Consejo Nacional de Seguridad implantando en Chile una tiranía sangrienta?—, no se ven razones para participar claramente en un sentido o en otro, o para ser víctima de todo ello.

El fracaso inicial de la "guerra fría" —a la que los Estados Unidos no renuncian— es un paso importante para disuadir de cualquier veleidad de guerra caliente. Todo lo que está sucediendo en el área internacional próxima tiene un sentido positivo. Aunque, con el tiempo, pueda transformarse.

Lo que se vislumbra ya es que Carter puede estrellarse, puede pagar caro este esfuerzo de guerra que está haciendo y que nadie está compartiendo, salvo aquellos a quienes por sus intereses personales políticos les pueda interesar. Ha inventado una crisis artificial, desmedida para el tema que ha querido levantar, y puede quedar preso en ella, junto a los consejeros y a los grupos de "warmongers" que le están apoyando.

Sería injusto, en todo ello, que la URSS no recibiese claramente la lección de que su último acto, la invasión de Afganistán, quedase impune. Probablemente esa lección le está llegando por la vía más directa: por la propia resistencia afgana —fomentada, evidentemente, desde Pakistán, China y Estados Unidos, pero con un carácter nacionalista profundo que puede convertir el país en un Vietnam inverso, si no ha sucedido ya—, por la desafección del mundo islámico y por el repudio general del Tercer Mundo y de todos los entes morales del mundo. Junto a este riesgo, la condena de los Juegos Olímpicos no pasa de ser una torpeza en la que ha caído Carter y que no podría tener en ningún caso un impacto directo en la política. Carter había inventado el boicot para dar con ello prueba de la unidad moral del mundo atlántico: ha sucedido que, por el contrario, se está mostrando su aislamiento y su soledad. Si lo fuerza todo, por la presión que indudablemente puede ejercer por mil caminos, obtendrá quizá una imagen inmediata de poder, pero un fondo de hostilidad en la opinión pública que, por mucho que se la desprecie, tiene una fuerza importante en los asuntos del mundo. ■